

Chascon contra Taurín



EL FANTASMA
DEL CASTILLO

Chascon
Revista infantil

Nº 7
Año 1



CHASCON

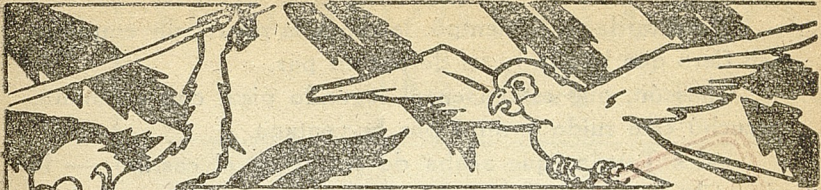
AÑO I N.º 7
4 Junio de 1936

Redacción y Administración: Agustinas 1639.—Casilla 2787.

REVISTA SEMANAL DE CUENTOS INFANTILES

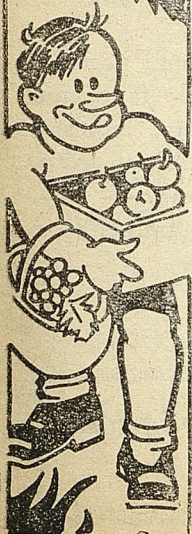


*Los tres hermanitos bajaron al jardín y comenzaron a plantar como expertos jardineros.
¿Quiere verlos Ud. muy alegres? ¡Píntelos!*



Chascón contra Tarzán

Episodio N.º 7



Mientras Chascón y el enano se daban un opíparo banquete en el castillo, servidos por un cocinero de gorro blanco y grandes bigotes, el pobre Tarzán venía caminando, caminando, muy fatigado, por el campo interminable.

—Mi mala suerte no la tiene nadie en el mundo — se decía Tarzán, con la lengua afuera de puro cansado. ¡Y todo por haber venido de repente ese maldito Chascón a competir conmigo!

Andando, andando, llegó hasta el castillo en que Chascón se encontraba. Claro está que Tarzán no sabía esto.

—Voy a golpear — pensó Tarzán. —En cuanto me abran, pediré que me dejen descansar un ratito. ¡Estoy tan fatigado!

Golpeó una, dos, tres veces. Nadie salió a abrirle. Volvió a golpear. Nadie.

—Este castillo debe de estar deshabitado — se dijo Tarzán. — ¡En fin, empujaré la puerta!

Y sin tardar más tiempo, le dió a la puerta un empujón tan fiero que la abrió casi de par en par.

Chascón, que estaba en el segundo piso, con el enano, escuchó este ruido y miró por la ventana.

—Es Tarzán, que acaba de entrar en el castillo — le dijo Chascón al enano, que se comenzó a reír con una risita de conejo.

Tarzán, mientras tanto, avanzó por un corredor muy largo y angosto. Buscaba un rinconcito donde poder echarse a dormir tranquilamente un rato, sin que nadie lo incomodara.

Chascón le preparó una broma.

—Voy a convertirme un momentito en fantasma, para darle un susto a Tarzán — dijo.

El enano saltó de puro contento. Nada le divertía más que ver a la gente llena de miedo. De manera que corrió a buscar una sábana. Chascón se la puso en la cabeza y comenzó a caminar lo mismo que los fantasmas.

—¡Qué divertido! ¡Qué estupendo! — exclamaba el enano, feliz, sobándose la barriga.

Chascón bajó lentamente las escaleras y llegó hasta el extremo del corredor. Allí se detuvo, vestido de fantasma.

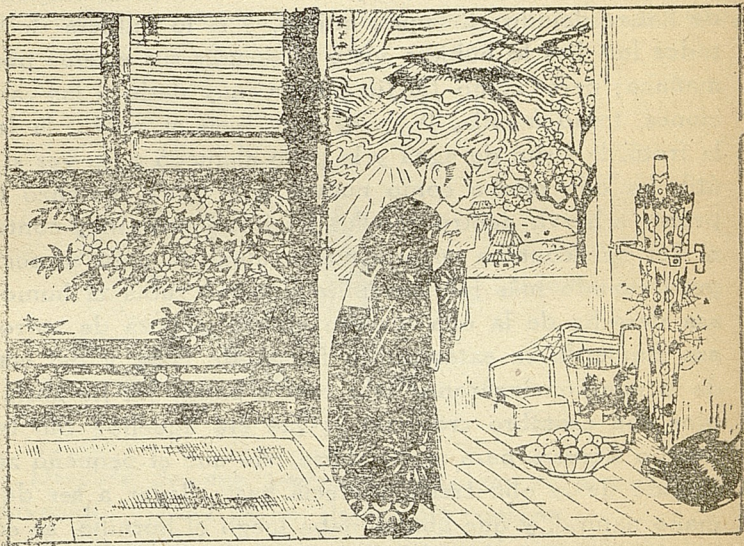
Tarzán avanzaba por el corredor, cabizbajo, molesto. De pronto alzó la mirada y vió al fantasma. Dió un grito.

—¡Esto sí que es espantoso! — gritó Tarzán. — ¡Ay, ay, ay!... Yo siempre le he tenido un miedo tremendo a los fantasmas.

Y echó a correr desesperadamente.

*Si quiere saber lo demás lea las páginas
centrales de esta revista.*

EL ZORRITO DE LA OLLA MAGICA



La olla estaba en un rincón

En una aldea del Japón vivía Jiu-Jiu, hombre humilde y bueno. Su casa estaba cerca de la montaña, y aunque era pequeña, tenía todo lo necesario. Su dueño se recreaba mirando la blancura de sus esteras de paja y los alegres papeles con cigüeñas pintadas que cubrían las paredes. Durante el verano, el perfume de los árboles en flor entraba por las ventanas, y el fresco de la noche bañaba la casa entera.

Un día en que Jiu-Jiu estaba contemplando el paisaje muy cerca de la ventana, oyó de pronto un ruido como si

golpearan con un objeto de metal en uno de los rincones del cuarto. Se puso en pie y se dirigió hacia el lugar de donde partía el ruido, y con gran sorpresa suya encontró en el rincón una olla de cobre, toda cubierta de polvo, y con aspecto de cosa olvidada.

Jiu-Jiu se asombró, porque él no tenía memoria alguna de haber dejado allí aquel objeto, y si lo hubiera dejado, todos los días lo hubiera visto al sacudir sus esteras por la mañana; pero, como Jiu-Jiu no era muy dado a las cavilaciones, tomó la olla, le quitó muy bien el polvo, la lavó, la frotó, la llenó de agua y la puso al fuego para ver si era útil. La olla estaba como nueva, y el agua comenzó bien pronto a hervir dentro de ella. Jiu-Jiu se puso muy contento al ver que contaba con un nuevo utensilio para su cocina; pero cuando más jubiloso miraba cómo subía el humo, el asa derecha de la olla tornóse en una cabeza de zorro, el asa izquierda se extendió en forma de cola, y del centro de la olla comenzaron a salir cuatro patas. Jiu-Jiu abrió los ojos con asombro creciente. ¿Qué era aquello? Sin tener tiempo siquiera para responderse, vió que el pequeño zorro surgido de la olla crecía y crecía hasta llegar a ser de tamaño natural, y que abandonaba luego el hornillo, se echaba al suelo y comenzaba a dar saltos de regocijo por toda la cocina. Temeroso de que el animal rompiese la batería y estropease las paredes, Jiu-Jiu salió a llamar a un vecino, quien acudió inmediatamente y le ayudó a encerrar el zorro en una jaula.

—¿Qué debo hacer con este animal? — preguntó Jiu-Jiu a su vecino.

—Creo — repuso aquél — que lo mejor será venderlo. No veo más solución que esa.

Jiu-Jiu envió a su chiquillo a la aldea cercana para que llamase a Jimú, comerciante en objetos y animales.

Al caer la tarde, Jimú se presentó en la casa, y Jiu-Jiu le condujo a la cocina, donde se hallaba la jaula; pero con

gran asombro suyo, el zorro había desaparecido, y en su lugar sólo estaba la olla que él encontrara en el rincón del cuarto.

El hombre se quedó perplejo, pero recordando que Jimú compraba también objetos, le propuso la venta de la olla.



El zorro daba grandes saltos

Después de una pequeña discusión, el precio quedó convenido, y Jimú partió, llevándola consigo.

Jiu-Jiu respiró al verse libre de aquel utensilio tan complicado y molesto; pero, en cambio, Jimú, que caminaba con ella bajo el brazo, a duras penas podía resollar.

Conforme avanzaba, la olla se iba haciendo más y más pesada, a tal punto que casi no podía con ella. Por fin, ya muy avanzada la noche, llegó a su casa, colocó la olla en un rincón de la alcoba, y se metió en el lecho sin probar siquiera un bocado de pan, porque lo único que deseaba era descansar.

Un sueño de plomo le acometió al instante; pero a medianoche le despertó un ruido muy extraño, semejante al que produjera una cosa de metal al ser golpeada. El ruido procedía de uno de los rincones del cuarto. Abrió los ojos, se incorporó en la cama, y se puso a escuchar.

Como el ruido continuase, encendió a toda prisa su lám-

parilla, se bajó del lecho y fué hacia el sitio de donde el ruido partía.

No había dado cuatro pasos, cuando tropezó con un gran zorro que daba vueltas por el cuarto.

Jimú se frotó los ojos, pensando que soñaba; pero no: el zorro se paseaba por la alcoba con toda la movilidad de un animal que tiene vida. Aquello era tan real, que Jimú comenzó a pensar cómo haría para encerrar al zorro en una jaula y deshacerse de él cuanto antes.

Pero no acababa de formular este pensamiento, cuando vió que el animal se dirigía hacia el rincón donde estaba la olla, se metía dentro de ella, se empequeñecía y desaparecía en su fondo.

No cabía duda. Aquello era cosa de magia.

El comerciante estuvo en acecho una hora cabal; pero como el cansancio y el sueño le tenían agobiado, se metió nuevamente en el lecho.

Apenas llevaría un cuarto de hora dormido cuando empezó a sonar otra vez en el rincón el alarmante ruido metálico.

Jimú abrió los ojos con sobresalto, y casi automáticamente se levantó y corrió hacia el sitio donde estaba la olla.

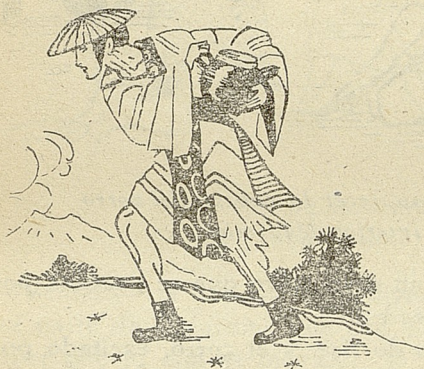
Al verla se quedó abismado, porque el asa derecha de la olla comenzaba a tornarse en una cabeza de zorro, el asa izquierda se extendía en forma de cola, y del centro empezaban a salir cuatro patas.

Jimú abrió los ojos con espanto.

¿Qué significaba semejante transformación? Sin tener tiempo siquiera para responderse, vió que el pequeño zorro que surgía de la olla crecía y crecía hasta tomar un tamaño natural, abandonaba el rincón, y comenzaba a dar saltos locos por toda la estancia.

Jimú, temeroso de que acabase con cuanto había en el cuarto, salió corriendo de la casa para pedir ayuda a un vecino llamado Juní.

Este llegó corriendo, y cuando los dos se preparaban para coger con lazos al zorro, hallaron que el animal había desaparecido y que sólo quedaba en su lugar la olla completamente inmóvil en el rincón del cuarto.



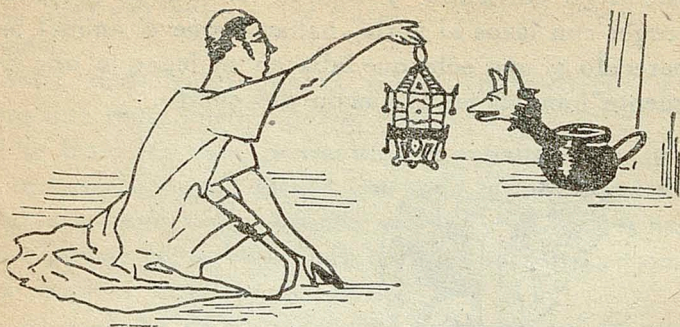
*Se marchó con la
olla bajo el brazo*

Jimú contó la historia completa a su amigo Juní, y éste le dijo lo que sigue:

—No es el primer caso que veo. Esta olla es mágica. Yo, en tu lugar, alquilaría un patio a propósito y la exhibiría tarde y noche en público. Sólo con esto podrías hacerte rico.

Jimú siguió el consejo de su amigo. Alquiló un local espacioso, dispuso en él bancos y sillas, y comenzó a trabajar con su olla mágica.

Vestido con un traje estrafalario, pintado de verde y rojo, se acercaba a la olla, daba algunos golpes sobre ella con un bastoncillo de hierro, y todo el mundo veía cómo el asa derecha de la cacerola comenzaba a tornarse en una cabeza de zorro, cómo el asa izquierda se iba extendiendo hasta tomar la forma de una cola, cómo del centro de la olla empezaban a salir cuatro patas, y cómo, por último, un zorro completo, aunque pequeño, crecía y crecía hasta



*Vió, entonces, aparecer la cabeza del zorro
del interior de la olla*

tomar la magnitud de un gran zorro que se paseaba por el escenario dando grandes saltos.

El público se moría de risa, y el zorro, excitado por el ruido y los aplausos, comenzaba a dar vueltas queriendo alcanzarse la cola, brincaba a una altura estupenda, caía en el escenario como una bala, iba, venía, feliz.

—¡Más, más! — gritaban todos; pero el escándalo era tal, que Jimú, temeroso, daba nuevos golpes en la olla, y el zorro, obediente, corría hacia ella y desaparecía en su fondo.

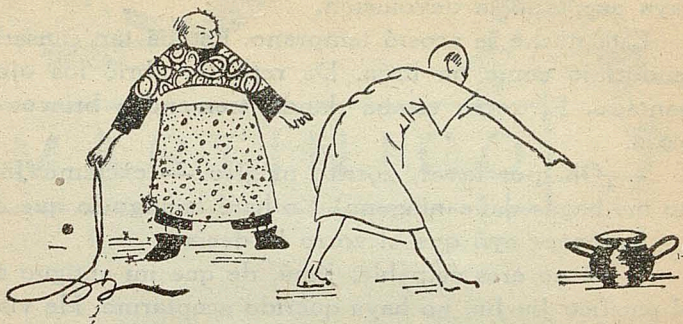
Jimú trabajó de este modo un año entero.

Se había hecho ya muy rico.

Un día en que estaba preparándose para dar función por la noche, oyó que de la olla salían estas palabras: "Si no me vuelves a Jiu-Jiu, mi antiguo amo, perderás cuanto ganaste."

Jimú comprendió la significación profunda de estas palabras.

Se quitó su traje verde y rojo, buscó su quitasol, se puso el gorro, y tomando la olla bajo el brazo emprendió el camino hacia la próxima aldea y fué a casa de Jiu-Jiu.



*Estaba tranquilita ahora.
El zorro había desaparecido.*

—Vengo — le dijo — a devolverte este artefacto, y a traerte parte de la fortuna que con él he ganado, pues has de saber que tu olla es mágica.

Y contó a Jiu-Jiu todo lo acontecido.

Jiu-Jiu le dijo entonces:

—Acepto lo que me das, pero si una vez te vendí la olla, ahora te la regalo. Llévatela y vé con ella a recorrer el mundo, que yo sólo deseo seguir aquí tranquilo, aspirando el perfume de mis montañas.

Jiu-Jiu se sintió muy satisfecho de poder desprenderse de la olla embrujada. Le daba un miedo tremendo pensar que, todas las noches, la olla se convertía en zorro y comenzaba a dar unos brincos más ágiles que los de los cabros cuando están alegres en los cerros. Además, ¿para qué necesitaba ganar dinero? Jiu-Jiu era un hombre poco ambicioso, le gustaba la vida serena, junto a sus montañas tan queridas.

De manera, pues, que Jimú tuvo que irse con su olla, temeroso de que le ocurriera algo desagradable.

Por el camino comenzó a decir:

—Ollita, escúchame, por favor. Ya ves tú que yo he querido entregarte a Jiu-Jiu. No es culpa mía que él no haya aceptado la devolución.

Esta noche se acostó temprano. Estaba tan cansado que se durmió como un lirón. De repente, abrió los ojos, espantado. El zorro estaba dando tremendos brincos en su pieza.

—¡Oh, por favor, zorrillo mágico — exclamó Jimú — no me hagas daño ninguno! Yo haré contigo lo que desees.

Entonces oyó que el zorro le decía:

—Tú no eres culpable, Jimú, de que mi antiguo dueño, el pacífico Jiu-Jiu, no haya querido aceptarme. He visto que eres un hombre honrado. De modo, pues, que no te haré daño ninguno. Sigue exhibiéndome durante otro año en las ferias y en los circos. Vas a ganar muchísimo dinero. Pero te pido que al cabo del año me dejes descansar.

—Así lo haré — dijo Jimú, muy contento de tales palabras.

Cuando pasó el año, Jimú le preguntó al zorrillo cómo deseaba descansar. Entonces el zorro le dijo:

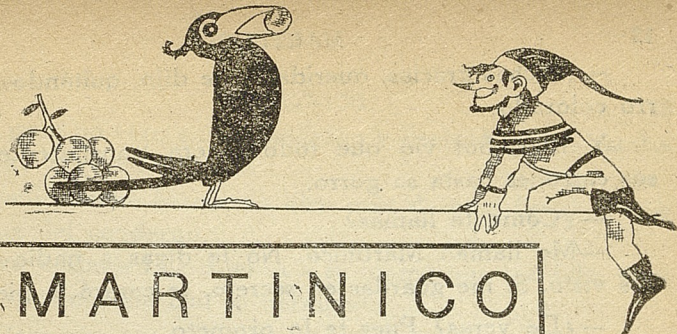
—Cómprame una jaula de oro y, todos los días, sírve-me de almuerzo y de comida una gallina gorda.

Jimú hizo lo que el zorro le pedía y de esta manera pudo ser muy feliz.

*Venga a ver a nuestras vitrinas la
bicicleta que*

C H I A S C O N

le regalará próximamente



MARTINICO

Pues señor, estas eran Mary, María Luz y Mary-Sol; **tres** niñas bonitas y buenas como no había otras en el mundo.

No manchaban nunca sus vestidos, que eran siempre blancos; no se despeinaban, no echaban borrones en sus cuadernos, no estropeaban las tapas de sus libros, no se mordían las uñas y erán siempre las primeras del colegio.

Ahora estaban en vacaciones. Mary y María Luz jugaban de la mañana a la noche. Pero ¡ay! la pobre Mary-Sol, que se había dislocado un tobillo, sentada en una silla de lona y con la pierna estirada, se aburría a morir...

Sola estaba a la puerta de la bodega, que limpiaban las criadas, cuando las oyó gritar:

— ¡Un duende! ¡Un duende! ¡Que se escapa!...

Y salieron corriendo con las escobas levantadas, para matarle.

— ¡Tontas! — dijo Mary-Sol. — ¿Qué os ha hecho el duende?

Cuando se marcharon, la niña vió algo confuso, que se removía en un montón de pelusa, y cuando comenzó a anochechar, un hombrecillo del tamaño de un pájaro saltó a sus rodillas:

—Muchas gracias, querida — le dijo, quitándose su gorro colorado.

Y Mary-Sol vió que todo él era transparente, desde sus calzones hasta su gorro.

—¿Cómo te llamas?

—Me llaman Martinico. No le digas a nadie que me has visto. Si me guardas en secreto, te curaré la pierna.

—¿De veras? Pues te lo prometo.

—¿Me dejarás dormir en tu armario?

—Sí, sí; te dejaré.

—¿Me darás de tus bombones?

—Sí, sí; te daré mis dulces... Pero cúrame, Martinico, cúrame pronto, que las vacaciones se acaban dentro de ocho días...

El hombrecillo se inclinó sobre el pie de la niña y sopló despacito. Mary-Sol pudo sentir cómo su pierna recobraba el movimiento, y saltó alegremente.

—Ahora llévame a tu cuarto — dijo el duende. — Como siempre he estado en la bodega, no conozco la casa.

Mary-Sol le hizo un bonito dormitorio en un rincón del armario, entre los calcetines y los pañuelos. Y hasta le puso la camita de su muñeca, que tenía colchón de lana y colcha de seda.

Desde aquel día pudo la niña disfrutar de las vacaciones jugando con sus hermanas. Martinico no se levantaba hasta que todos se habían acostado.

Un día Martinico le rompió la Gramática, y la niña no pudo estudiar la lección.

—¡Bah, para lo que te sirve repetir estas palabras feísimas que no entiendes! Yo sé otras más bonitas y las podemos decir juntos. Verás... Agua, rosa, amanecer, risa, azul...

Mary-Sol acabó riéndose de la letanía. Pero la profe-

sora le puso un cero en su cuaderno y declaró que se estaba volviendo muy desaplicada.

Aquella noche Martinico hizo más de cien figuritas con las hojas del cuaderno.

Mary y María Luz dijeron a su mamá que les daba vergüenza ir al colegio con su hermanita.

—Lleva siempre el vestido lleno de manchas, pierde los libros, rompe los cuadernos, su labor de **tricot** no adelanta nada y su ovilló de lana está sucio y roto. La profesora ha dicho que va a escribir a papá.

¡Oh, esto era terrible! El papá tenía un genio muy malo y haría un escarmiento... Y la carta llegó. Mary la trajo por la tarde, al volver del colegio, y Mary-Sol se encerró en su cuarto, a llorar.

—¿Ves? Por tu culpa, Martinico... Y yo no puedo defenderme, porque te he prometido no hablar de ti.

El duende aún no se había levantado de la cama. Pero al ver la desesperación de la niña, se puso los calzones y el gorro y le dijo:

—Vámonos. Ya es de noche, y nos iremos muy lejos.

La niña, trastornada, se dejó convencer. Y huyeron, saltando por la ventana, y corriendo toda la noche por el campo... Perdieron de vista la casa y el río, y pasaron al otro lado del monte, antes de que llegara el día.

Por la noche andaban, y cuando comenzaba a amanecer, se escondían en las cuevas o en los valles muy profundos, donde no hiciera daño la luz a Martinico.

Mary-Sol tenía frío por la noche y por el día calor.

—¿Qué es frío y calor? — preguntaba el duende. — Dime dónde están y los mato, para que no te molesten más.

Porque como los duendes no tienen sangre, no sienten la temperatura.

También los vestidos de la niña se rompían en peda-

zos y los zapatos se los iba dejando por el camino, y los pies le dolían de andar. Y, sobre todo, se acordaba de su casa, y de sus hermanas, y de su papá y su mamá, y lloraba mucho. Una noche que caminaban a oscuras, se cayó a un barranco.

—¡Las personas no sirven para nada! — gruñó Martinico, que veía en la obscuridad.

Pero cuando vió que Mary-Sol no se podía levantar, y que estaba pálida y delgada, se asustó.

¡Pobrecita niña! ¡Ella que era tan buena para él!

La tapó cuidadosamente con hojas secas que trajo durante la noche, cortó un pedazo de su vestido y corrió hacia su casa. Corrió toda la noche y cuando salió el sol corrió también.

—¡Venid, venid! — gritaba desde todos los rincones de la casa. — ¡Seguidme y encontraréis a Mary-Sol!

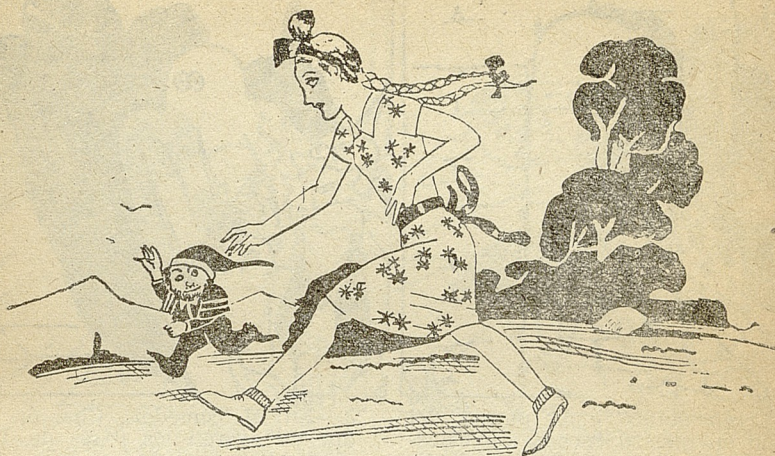
Y como todos lo vieron, corrieron detrás de él, y tan de prisa iba que casi no podían seguirle. El sol y la luz inflaban su cuerpo transparente como una pompa de jabón, y él corría más cada vez, temiendo estallar antes de haber cumplido su propósito.

—¡Venid, venid! — repetía desde el borde del barranco donde la pobre Mary-Sol estaba. — ¡Es aquí! ¡Es aquí!

Y cuando estuvo seguro de que la habían visto bien y todos se dirigían a salvar a la niña, estalló, como un cohete, en millares de gotitas de luz...

Nadie se dió cuenta. Sólo Mary-Sol le lloró mucho tiempo.

Es que Mary-Sol había podido conocer a fondo al pobre Martinico. No era malo. Le gustaba jugar con todo, nada más. Le gustaba reír y hacer travesuras. Pero, ¡claro está! no era perverso. Jamás deseaba hacer el menor daño a alguien.



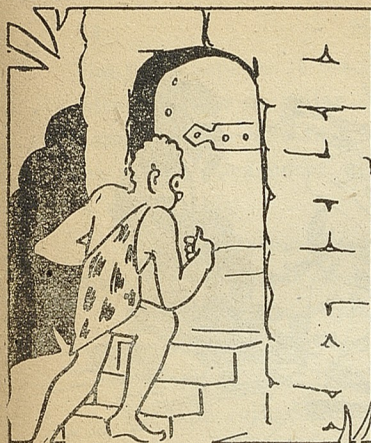
Echó a correr en compañía de Martinico

Mary-Sol lo recordó mucho tiempo. Cuando creció, se hizo fabricar un prendedor que tenía la cara de Martinico. Este prendedor le trajo mucha suerte, tanta, tantísima suerte, que se pudo casar con un millonario y se dedicó a viajar por todos los países del mundo.

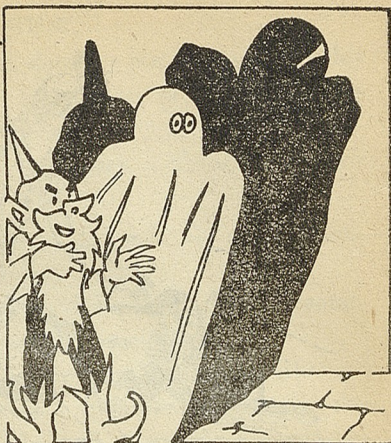


Paciencia!

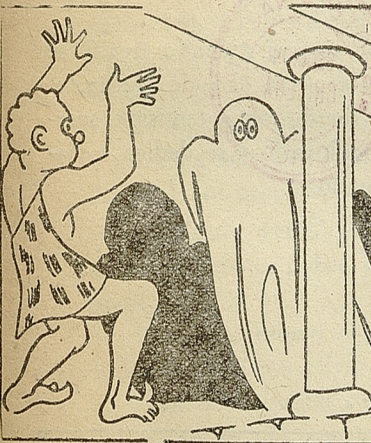
**Proximamente
LUCERITO WATT
les dará los detalles
VEA LA PÁGINA... 29**



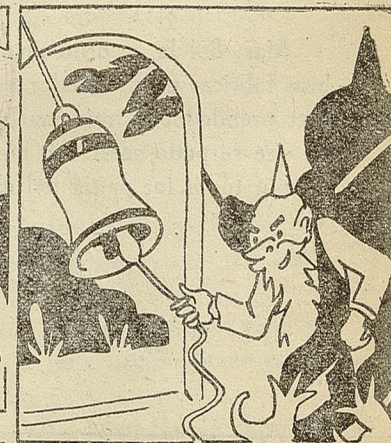
1.—Tarzán golpeó a la puerta del castillo en que se encontraba Chascón en compañía del duende. Como nadie salió a abrirle, Tarzán entró después de empujar la puerta.



2.—En el comedor, Chascón y el duende oyeron los pasos de Tarzán y decidieron darle un susto. Chascón se puso una sábana en la cabeza y quedó igual a un fantasma.



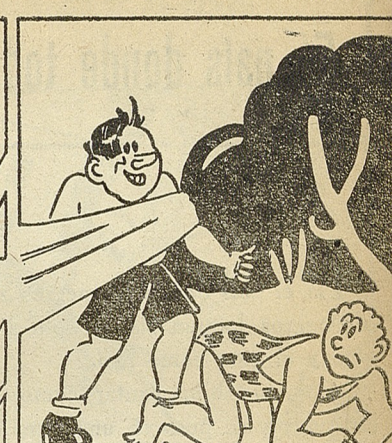
3.—Cuando Tarzán iba caminando por uno de los corredores, se topó de repente con el fantasma y echó a correr, lleno de miedo, dando gritos espantosos.



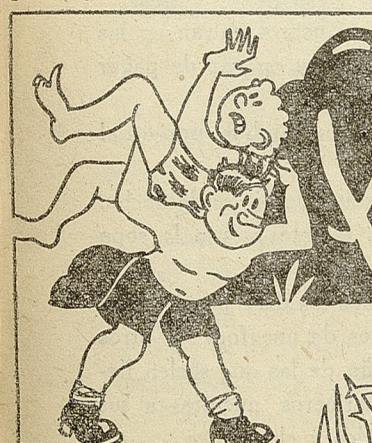
4.—El duende, mientras tanto, para meterle más miedo a Tarzán, comenzó a tocar una campana que sonaba como si un león rugiera por ahí cerca.



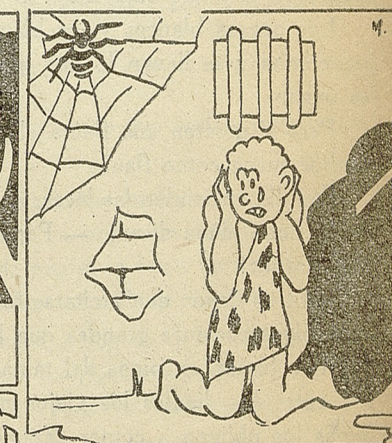
5.—Tarzán salió corriendo al campo, perseguido por Chascón. Tanto era el miedo de Tarzán que de repente cayó al suelo, incapaz de seguir huyendo.



6.—Entonces Chascón se quitó la sábana de encima de la cabeza y le dijo: — Ahora si que has quedado como un cobarde, fanfarrón ridículo.



7.—Lleno de vergüenza, Tarzán se levantó para pelear con Chascón, pero éste se lo echó al hombro como si fuera un saco y lo condujo al castillo.



8.—Allí le encerró en un sótano, donde una arañita tejía paciente-mente su tela. Tarzán, al verse solo y encerrado, lloró de vergüenza y de rabia.

Pero la arañita era encantada y tuvo piedad de Tarzán. Vea el próximo número.

El país donde todo es al revés

En el país donde los negros son blancos y los blancos son negros, hay un día, un solo día, en que la rata corre al gato y el gato come maíz.

Los chanchitos cantan como el ruiseñor y el pez salta del agua y se posa en una rama. En la rama de un olmo cargado de peras.

—¡Cómo calienta la nieve! ¡Qué frío está el fuego!

Caminan todos para atrás. Las escaleras se dan vuelta: para subir hay que bajarlas.

Los negros blancos y los blancos negros entran en las jugueterías y se llevan lo que quieren, y en vez de pagar les pagan.

Pero si quieren una flauta eligen un tambor, porque el tambor suena como flauta.

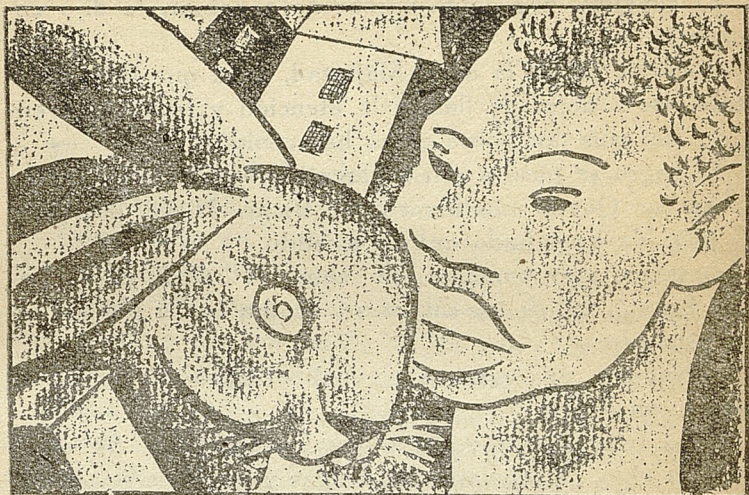
Ese día encienden las luces, porque ese día es de noche.

Y unos niños dicen: — Papá, tómate pronto la sopa y ¡a dormir!

Y otros tienen que afeitarse todos los días, porque usan unos bigotazos más grandes que los de una foca. Y otros hay que fuman en pipas del tamaño de las que suelen llevar entre los dientes los viejos marineros, mientras a sus papás los obligan a comer caramelos y chocolates.

En fin, en el país aquél, todo es al revés, todo sucede de una manera diversa a la acostumbrada.

Pero he aquí que en ese país apareció un día un negro que era negro de veras, con un conejito que no parecía león, ni elefante, ni galgo, sino conejo, sencillamente cone-



Había un negro auténtico, con su conejito...

jo, como todos los demás conejos que andan por los campos.

Esto causó una extrañeza tremenda.

—Mira ese negro que es negro verdadero — decían todos. Tiene la cabeza de negro, la boca de negro, el cuerpo de negro y sólo es blanco en él, seguramente, el alma.

—Y anda con un conejo que es todo un conejito — decían hombres y mujeres. — ¡Qué cosa tan rara!

Pues bien, cuando el negro vió que llamaba tanto la atención, se puso más negro todavía, pero de puro alegre que estaba.

Un día lo eligieron rey, porque en ese país no tenían ninguno. Entonces el negro se colocó una enorme corona en la cabeza y le compró un collar de oro a su conejo. Apenas se sintió rey, se puso orgulloso y no miraba a nadie.

Un día se miró en un espejo y se vió tan negro que decidió pintarse la cara.

El conejito, que había aprendido a hablar, le dijo entonces:

—No te pintes la cara, Majestad, mira que inmediatamente vas a dejar de llamar la atención y te echarán entonces del país tan pobre como has venido.

El negro se puso a reír a carcajadas y se pintó la cara con harina. Quedó más blanco que Blanca Nieve, la mujercita más blanca y linda que ha existido.

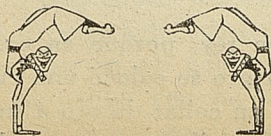
Después, muy contento, se asomó al balcón de su palacio. Lo vió uno de sus súbditos y echó a correr por las calles, gritando:

—Nuestro rey negro se ha vuelto blanco... Ya no es negro nuestro rey.

Estas palabras provocaron gran indignación. Se amotinó el pueblo, se rebelaron las tropas y el pobre rey negro fué expulsado del palacio, llevado hasta la frontera y dejado solito en el campo, todo pintado con harina. Como comenzó a llorar, poco a poco se fué destiñendo y quedó negro de nuevo. Pero ahora no llamó ya la atención de nadie. En el país donde todo sucede al revés, se había nombrado rey al conejito y era él, como se comprenderá, el que llamaba la atención más grande.

Pero el conejito hizo venir al negro y, para consolarlo, lo nombró consejero privado.

Así el negro vivió muchos años, hasta que, de repente, dió un estornudo, le salieron unas alitas azules y echó a volar por el cielo. No se le vió nunca más.



El saludo contagioso

El señor embajador del país de los Mares Azules presentó sus respetos al rey de Palinodia.

Nunca hubo en la Corte mejor ceremonial ni más cumplido protocolo. El embajador llegó por un interminable camino de alfombra, haciendo reverencias a un lado y a otro, pero no reverencias de las de todos los días, sino reverencias completas, complicadas, extraordinarias.

Daba — ¿cómo os podré explicar? — un paso hacia adelante, cruzaba las piernas y se dejaba caer, brillante de joyas, crujiente de sedas, en un saludo que era como un resbalón, pero que no era un resbalón, sino un buen saludo, hasta casi dar con los bigotes engomados en el tapiz del suelo.

No se había visto cosa igual. Ni los más viejos cortesanos recordaban ademanes más pulidos ni reverencias mejor dibujadas.

Era como cosa del otro mundo. Agilidad de atleta, gracia de volatinero, cortesía de diplomático y sumisión de cortesano. Todo en una pieza.

Cada vez saludaba mejor, a medida que la distancia hasta el trono del rey iba haciéndose más corta. La doble fila de cortesanos no sabía cómo responder a aquellos saludos del embajador.

El rey esperaba en su trono, sin quitar ojo a aquel prodigio de movimientos que se le acercaba, boquiabierto y perplejo, admirado, absorto, sorprendido y estupefacto.

El embajador llegó, por fin, hasta la misma escalinata del trono. Allí, en el centro de un silencio absoluto, se abrió de brazos, adelantó un pie, llevó hacia atrás la mano izquierda, con el sombrero lleno de plumas; adelantó la derecha, en un amplio ademán, hasta darse en el pecho con el pergamino que llevaba en ella; quebró la cintura, dobló la rodilla izquierda, extendió la derecha, arqueó el espinazo, venció la cabeza y todo el gran salón del trono resonó en un "¡Oh!" de admiración, tan fuerte, que se rompieron varios cristales, como si hubiese sido un cañonazo.

Todos los saludos de antes quedaban pequeños ante aquel saludo final. El asombro temblaba en todas las manos, abría todos los ojos, ponía todos los labios en forma de "o".

Algunas damas se desmayaron y muchos generales de corazón templado en las batallas, sintieron un extraño hormigueo. Nadie quería creer lo que estaba viendo, y sin embargo, allí estaba, ingrátido, mantenido en una airosa genuflexión, rendido en el saludo más ceremonioso del mundo.

El rey se puso en pie. Sonaron cien trompetas. El embajador recobró su empaque, estiró su figura. Todos los presentes respiraron a fondo y se dieron cuenta de que habían estado a punto de caer redondos al suelo.

El embajador desenrolló un largo pergamino. Tosió para él solo, estiró sus puños de encaje, y comenzó a leer su discurso. El rey, después tuvo que leer el suyo de contestación y bienvenida, y cada vez que tenía que decir "Señor embajador", el señor embajador ensayaba un saludo perfecto, que renovaba toda la admiración de los presentes. El mismo rey se detenía en su lectura, hasta que el saludo se terminaba y leía de vez en cuando: "Señor Embajador", aunque no estuviere escrito en su discurso, sólo por el gusto de verle inclinarse y adoptar las más inesperadas actitudes. Tanto es así, que acabó el rey por no decir más que:



El Embajador saludaba y volvía a saludar

—Señor embajador...

—Señor embajador...

—Señor embajador...

Y así mucho rato, y el ceremonioso caballero, saludando a más y mejor, hasta que la Corte entera no pudo reprimir su entusiasmo y estalló en una ovación delirante.

No se habló de otra cosa, no sólo en aquel día, sino muchos días después. Los que habían tenido la suerte de ver aquel prodigio no paraban de contarlo a sus amigos y de remedar, en lo posible, las magníficas actitudes del embajador. Todos trataban de recordar uno por uno los saludos. Como por arte de magia, la ciudad se llenó de saludos. Los nobles, que habían sido los primeros en imitar las posturas del embajador, contagiaron a los burgueses, y de éstos pasaron los saludos a los comerciantes, a los empleados y, por último, a la gente del pueblo.

Todos se saludaban ya a todas horas. En las calles, en las tiendas, en el mercado, los saludos se cruzaban, se sucedían, se acumulaban.

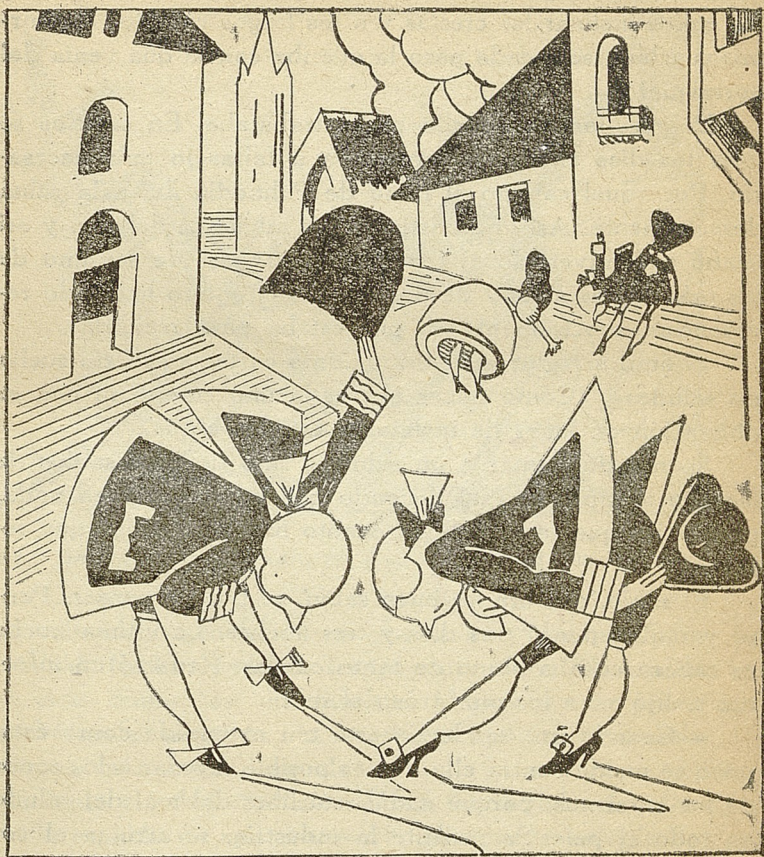
El embajador del País de los Mares Azules propagó la enfermedad del saludo, una enfermedad extraña, adquirida creo que en Oriente, cuyo microbio, aún no descubierto, se propagaba con increíble rapidez.

Bastó una semana para que toda la ciudad, y hasta los pueblos cercanos, se viesen acometidos por enfermedad tan fina como aquélla y no quedase nadie, nadie, sin saludar a los demás, a todas horas, o, a falta de sujeto, saludarse a sí mismo, al espejo, a su sombra o a su retrato.

Saludos, saludos y saludos, desde la mañana hasta la noche. Reverencias, cumplidos, inclinaciones.

Los que no tenían el gusto de conocerse se saludaban por el solo afán de saludarse. Los que tenían algo que hacer lo dejaban para otro día para poder echarse a la calle saludar y saludar y venga saludar.

No quedaba sobre cabeza ni un solo sombrero, a nadie



Todos, en las calles, se saludaban hasta el suelo.

se veía tan alto como era, por estar siempre de ida o de vuelta de un saludo. Se tardaba un siglo en andar tres metros, porque a cada instante había que pararse, bien a saludar, bien a responder a un saludo.

Los animales mismos, y no sólo los monos, monos de

imitación al fin y al cabo, se habían contagiado de la epidemia reinante, y era de ver a los perros agitar el rabo, a los gallos inclinar las crestas y a los largos caminos de hormigas saludarse a cada paso la que iba con la que venía del hormiguero.

De resultas de aquello nadie trabajaba. En saludos se iban los días enteros y empezaba a faltar lo más necesario. Por aquel camino el reino de Palinodia iba a la ruina derechamente. Así lo advirtieron los ministros del rey, y así acabó por advertirlo el rey mismo, a pesar de ser uno de los más contagiados y de pasarse el día entero haciendo reverencias, precisamente él, que estaba para recibirlas.

¿Cómo arreglar aquello? ¿Cómo cortar aquel río suelto de saludos? ¿Cómo hacer que cada uno cumpliera con su obligación en lugar de inclinarse a todas horas?

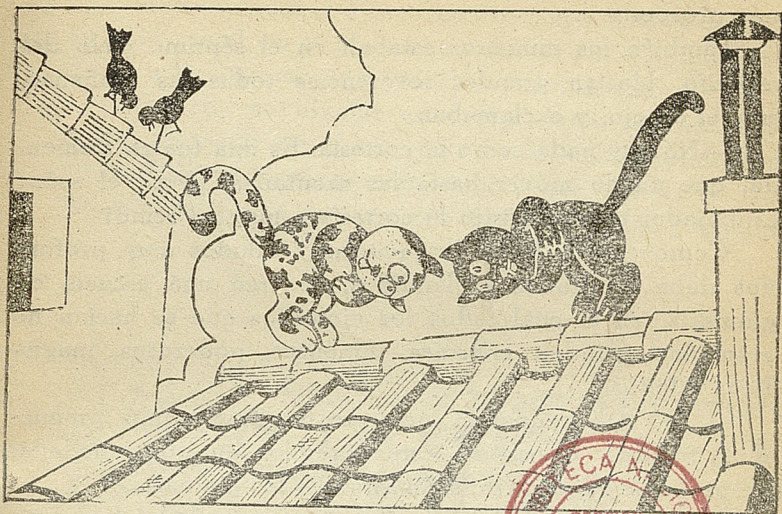
Se mandó llamar a un sabio, a uno de esos sabios de los que siempre se está diciendo que no sirven para nada, pero a los que se recurre en cuanto hay algo difícil que resolver.

El sabio, que era un buen sabio, se puso a pensar. Pensó y requetepensó tres días y tres noches. La última noche su cabeza echaba humo de tanto cavilar. Redactó un informe y dijo así a los ministros del rey:

—Cuando una epidemia está tan extendida como ésta, poco se puede contra ella. No es posible separar a los sanos de los enfermos, porque nadie está libre del mal del saludo en todo el país. Se resiente la industria, se arruina el comercio, se paralizan las comunicaciones. Nadie hace nada y no pueden quedarse sin hacer las cosas que son indispensables. Yo propongo...

Aquí los ministros se interesaron tanto, que dejaron de saludarse unos a otros para escuchar.

—Yo propongo utilizar toda la energía que se pierde en los saludos. Cada hombre saludando todo el día puede aprovecharse como un pequeño salto de agua. Muchos pe-



Hasta los animales se contagiaron y se saludaban muchísimo

queños saltos de agua hacen un gran salto de agua. Toda la gente saludando a todas horas, produce electricidad para mover cien, quinientas, mil fábricas. Hagamos esas fábricas, movámoslas nosotros con nuestros saludos y Palinodia será el país más rico del mundo.

Tal como el sabio dijo, así se hizo. Cada individuo llevaba a la espalda un aparato que acumulaba la energía de las reverencias. En poco tiempo Palinodia se llenó de fábricas y fué un país próspero e industrial. Todo a fuerza de no trabajar, a fuerza de saludos.

Esto tenía al rey tan contento, que muy a menudo se rascaba la cabeza, sonriendo, y decía, haciendo una reverencia:

—¡Benditos sean los saludos que el señor Embajador nos trajo un día a este reino! Gracias a ellos podemos aho-

ra tener unas fábricas muy hermosas y ser un país cada vez más próspero.

También los ministros estaban en el séptimo cielo del regocijo. Hacían grandes reverencias todas las mañanas, ante el espejo, y exclamaban:

—No hay nada como la cortesía. Es una fuerza tremenda, que puede mover hasta las montañas. ¡Viva el señor Embajador que nos trajo la cortesía a nuestro reino!

Como eso de hacer reverencias y saludos muy profundos daba resultados espléndidos, se creó una escuela de gimnasia, en la cual todos los ejercicios que se hacían no eran sino grandes, enormes, inmensos, poderosos, magníficos saludos.

A los que saludaban mejor se les daban unos premios muy bonitos. Consistían estos premios en unas medallas de oro, que dejaban satisfechísimos a los gimnastas.

El rey, dos veces al año, iba a pasar revista a los alumnos de la Escuela Oficial y Real de las Reverencias Gimnásticas. Con motivo de esta visita del monarca, los alumnos trataban de superarse. ¡Había que ver los saludos que se dejaban admirar en el inmenso patio de la Escuela!

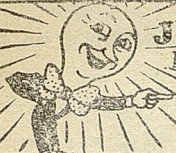
Al marcharse, el rey saludaba al director de la Escuela con una reverencia que llegaba hasta el suelo. Para contestarla, el director se doblaba en cuatro, movía la cabeza a derecha e izquierda, agitaba los brazos, movía la boca, las orejas y los ojos. Un día se esmeró tanto en saludar como nadie al rey, que, de repente, se vino al suelo como un saco. El rey no se rió por esto. Al contrario. Hizo una larga reverencia y levantó al director. Mientras tanto, los alumnos de la Escuela entonaban la canción nacional del reino con voces muy alegres y exactas.

Esta canción siempre emocionaba al rey, de manera que, sin que nadie lo viera, tenía que enjugarse furtivamente una lágrima que le rodaba desde el ojo izquierdo hasta la barbilla. Y sucedía que la lágrima, también muy cortés,

hacia una reverencia al pasar por la nariz. Pero esto no lo veía nadie.

Los historiadores dicen que Palinodia llegó a ser el reino más poderoso y afortunado de su tiempo. Todo se lo debió a la cortesía, al saludo, a la reverencia.

Conviene no olvidar esto. Así, cada vez que alguien quiera cooperar de alguna manera al engrandecimiento de su ciudad, no tiene sino un camino que tomar: el camino del saludo, de la cortesía con todos, grandes y pequeños.

A cartoon character with a large head, wearing a bow tie and a suit, pointing towards the text.

JU- HU! Tenemos el agrado de presentarle a
LUCERITO WATT
quien les prepara una grata sorpresa
VEA LA PÁGINA. 15

Participe en el concurso de

C H A S C O N

Ganará hermosos premios

*Coloree el dibujo numerado que va en
la tapa interior*

LOS DOS TORDOS

Volaba por un jardín un tordo joven y presumido. Además de creerse lindo, estaba convencido de que todo lo sabía maravillosamente bien.

No lejos, lo miraba volar un tordo viejo, sabio y tranquilo. De repente, el tordo viejo le dijo al joven:

—¿Quieres que te lleve a un lugar en que hay fruta exquisita? Estoy seguro de que nunca habrás probado nada mejor.

El tordo joven lo miró de alto abajo y después de hacer un gesto de desprecio, le contestó:

—Acepto la invitación, aunque creo que no me podrás mostrar nada mejor de lo que ya conozco en mis correrías por jardines y huertos.

Echaron a volar los dos tordos, conversando, y llegaron hasta unas viñas. Brillaba la uva al sol. Eran grandes racimos, negros, blancos y rosados. Aquello abría el apetito de cualquiera.

—Estas uvas — le dijo el tordo viejo a su compañero — son excelentes. No hay uvas más dulces en todo el país. ¡Qué delicia!

El tordo joven se echó a reir burlonamente y dijo:

—¡Já, já, já! ¿Conque éstas son las uvas famosas? ¡Qué risa! ¿Y tú pretendes que una frutita tan pequeña pueda ser agradable? Yo no como un solo grano. Los desprecio por chicos.

El tordo viejo insistió mucho; pero el joven no quiso comer y declaró con petulancia:

—Yo conozco algo mejor que esto. Se trata de una fruta grande, magnífica.

Volvieron a volar los dos tordos y llegaron hasta un huerto. Entonces el tordo joven le dijo a su acompañante:

—¿Ves eso que hay ahí? ¡Eso sí que es sabroso!

—¿Y cómo se llama eso? — dijo el tordo viejo.

—Son calabazas — contestó el joven, muy orgulloso.

Claro está que ninguno de los dos pudo comer ni siquiera un pedacito, porque la calabaza estaba más dura que la cabeza de un chico porfiado.

Entonces el tordo viejo habló así:

—Oyeme, jovencito, no te dejes tentar nunca por las apariencias. Esta calabaza, aunque grande, no se puede comer; en cambio, mis uvas, aunque pequeñas, son excelentes.

Y los dos tordos regresaron a la viña.

Se pusieron a comer uva y he aquí que de repente asomó un gato, con su cola muy arqueada.

—¡Miau! ¡Miau!

—¡Qué animalito tan ridículo! — exclamó el tordo joven. No me gusta su canto.

El tordo viejo le contestó, intranquilo.

—Eso no ha sido nunca canto. El animalito ése se llama gato, y de seguro que está ansioso de comernos. No hay que descuidarse.

El tordo joven y presumido exclamó:

—Yo me río de todos los gatos que existen en el mundo.

Y, sin agregar media palabra más, comenzó a volar tan cerca del gato, tan cerca, que el cucho, de un salto, lo cogió.

El tordo viejo huyó, desesperado. El joven, entre las garras del gato, recordó un poco tarde que siempre conviene escuchar los buenos consejos de aquellos que tienen experiencia.

No hay para qué decir que el gatito se dió un magnífico banquete con el tordo presumido.

El Concurso de Chascon

CHASCON celebra la excelente acogida que ha obtenido en el país, abriendo entre sus numerosos lectores un **Concurso** fácil, entretenido y útil. Por medio de este Concurso se da a los niños la posibilidad de que desarrollen sus cualidades artísticas. CHASCON OFRECE LINDOS PREMIOS a los participantes.

En qué consiste el concurso

Desde el número anterior (jueves 28 de mayo), CHASCON publica en una de sus tapas un cuadro numerado, que el niño debe colorear. Cada semana aparecerá uno de estos dibujos, con su número respectivo, y el concursante deberá ponerle color y enviarlo en seguida, con su nombre y dirección, a REVISTA CHASCON, **casilla 63-D, Santiago**. Estos dibujos se publicarán hasta el jueves 10 de septiembre. Es decir, aparecerán **16 tapas** para que sean coloreadas por los concursantes. En el CHASCON del 17 de septiembre, se publicará la lista de todos los premiados.

En el próximo número hablaremos de los premios.

Página del concurso

CUADRO N.º 2



*Pinte bien este dibujo y envíelo, con su nombre y dirección, a la revista.
Puede ganar un buen premio.*

*“Mejor Luz
Mejor Visión”*

LA DISTANCIA
DE 35 CMS.

*es justo la que necesitan
los ojos de la criatura*



La iluminación deficiente obliga muchas veces al niño a aproximar el libro a los ojos, acercándolo a una distancia mucho menor que la normal para leer—es decir 35 cms. Esto causa daño a la vista y por eso aconsejamos que se vigile la clase de luz que usa la criatura para leer.

Sus hijos podrán progresar en sus estudios y prevenir futuras enfermedades de la vista si Ud. dedica AHORA toda su atención a la iluminación de su hogar.

Compañía Chilena de
Electricidad, Limitada